



CAPÍTULO XI

El cura de Zacapoaxtla denunciando complots

LA velada había sido larga y penosa. Comonfort, contra su costumbre, parecía poseído de inmensa agitación. Iba, venía, hablaba con gentes de todas clases, escribía largas cartas; no se daba punto de reposo.

La noche, aunque fría, no lo era tanto que ameritara el brasero que permanecía encendido dentro de la pieza, ni mucho menos la capa con nutria que se había tapado don Ignacio. *Coleaba* los cigarrillos con actitud febril, se movía de allá para acá y parecía meditar largamente.

En una de las ocasiones que abrí la puerta de su aposento, me dijo:

— A las dos tiene que venir un desconocido que subirá

por la escalera que queda cerca de la puerta Mariana. Hágale usted pasar enseguida.

Como con reloj se presentó á las dos de la madrugada



un tipo alto, grueso, envuelto en gran capa, el cual me dijo estaba citado por el Presidente.

Le hice entrar, permaneció dentro como una hora, y al cabo del tiempo salió acompañado del propio General.

Dormitaba yo sobre un sillón cuando regresó Comonfort, y después de abrir la puerta de su estancia, me llamó. El aspecto de inquietud, de tristeza, quizá de desesperación

que le había notado, estaba muy lejos de él; le vi alegre, comunicativo, decidor como pocas veces le había encontrado.

— Siéntese y vamos charlando un poco, que no todo

ha de ser *catatufas* y formalidades oficiales. ¿Sabe quién era el sujeto que acaba de salir?

— No, mi General.

— Pues es un famoso revolucionario.

— ¿Osollos tal vez?

— No; Osollos es joven, bien presentado, buena cara, y sobre todo no había de ser quién viniera á mí; heredó lo vizcaíno de su padre, y primero haré transigir al mismo arzobispo Garza que á ese muchachuelo al parecer insignificante.

— Le conozco, señor, le vi en casa de la señora Ruiz de Esparza.

— ¡Ah, sí, de Anarda!... Pues precisamente enviado de ella era ese sujeto alto, *apastón* y sin gracia que acaba de salir. Es un jefe conocidísimo...

— ¿Orihuela?

— Poco menos.

— ¿Güitián?

— Casi, casi.

— ¿Olloqui?

— Cerca le anda.

— ¿El cura de Totocapan?

— ¡Que se quema!

— No atino.

— El cura de Zacapoxtla.

— ¿Ortega?

— Don Francisco Ortega y García, el mismo que viste y calza.

— ¿Y qué vino á hacer aquí ese bicho venenoso?

— Verá usted. Hoy recibí un papel suscrito con iniciales y concebido en estos términos: «Si usted me da palabra de recibirme á solas, y de que he de salir de palacio salvo é ileso, iré á ver á usted esta noche á la hora que me señale, y le daré un aviso que importa mucho á su vida.» Contesté de mi mano: «Doy á usted la palabra que pide; puede usted venir á tal hora y subir por tal escalera y será recibido conforme á sus deseos.»

Como usted vió, estuve puntual á la cita; pero al salir me encontré con un desconocido. «¿Estamos solos?», me dijo. «Enteramente solos», respondí. «¿Nadie nos oye?», «Nadie; puede usted decirme lo que guste.»

Entonces el desconocido dió una vuelta por el aposento, se asomó á las ventanas, levantó las cortinas, escudriñó con mirada inquieta todos los rincones, y dijo al fin: «No estamos bien en esta pieza.» «Pues pasaremos á otra», respondí, y entrando en la inmediata, delante del hombre, tomé asiento y le dije: «¿Le parece á usted que estaremos bien aquí?»

El misterioso personaje hizo en aquel aposento lo mismo que había hecho en el primero: lo recorrió en todas direcciones, miró á todos lados, aplicó el oído á los rumores que venían de afuera, y no dándose aún por sa-

tisfecho de la soledad que allí reinaba, dijo en el mismo tono que antes: «Me parece que tampoco aquí estamos bien.»

Entonces abrí la puerta del aposento contiguo y entré á él con mi interlocutor, no sin ocurrírseme que podía ser aquello una celada y que me encontraba solo y desarmado delante de un hombre cuya extraña conducta era más propia para infundir recelos que confianza en esta época de rencorosas pasiones. Resuelto, no obstante, á llevar á cabo aquella aventura, dije al desconocido, que me pedía excusas por su impertinencia: «No tenga usted cuidado, que en Palacio sobran aposentos, y al cabo hemos de encontrar alguno que le guste á usted. Vea si éste le acomoda, y si no buscaremos otro.»

Tendió el hombre su mirada escrutadora por todas partes y dijo: «No se moleste usted más, señor Presidente, porque creo que aquí estamos bien.» Y sentándose frente á mí, abrió la conversación con esta pregunta: «¿Me conoce usted á mí?» «No, señor», respondí. Insistió en la pregunta recomendándome que le mirara bien y repetí: «No, señor, no me acuerdo de haber visto á usted nunca.»

Calló un instante y preguntó en seguida: «¿Ha oído usted hablar del cura de Zacapoaxtla?» «Demasiado, respondí con tono festivo, como que es uno de los eclesiásticos que me han hecho más cruda guerra.»

El desconocido dijo entonces:

— Yo soy el cura de Zacapoaxtla (1).

La noticia era para sorprender á cualquiera. Aquel eclesiástico revoltoso, el tipo, el padre, podría decirse, de toda la serie de bandidos que confundiendo la religión con el pillaje se lanzan al robo y á la matanza echando bendiciones con el mosquete y asestando golpes con el crucifijo, lo es el cura de Zacapoaxtla. Levantó antes que nadie el estandarte de rebelión en favor de los fueros, entró á Puebla con sus huestes como los clérigos batalladores de la Edad media, se rehusó á que se le comprendiera en la capitulación, y cuando nadie sabía su paradero, se encuentra hablando mano á mano con el Presidente de la República... ¿Verdad que es gracioso?

Pues no paró ahí todo. Me comunicó, dándome santo y seña, todos los detalles de una conjuración que tiene por fin acabar con mi persona y con el régimen; me dijo el empleo y calidad del jefe comprometido á asesinarme, y sólo se guardó el nombre del culpable.

— Bien, le pregunté; pero ¿qué mueve á usted á hacerme esa denuncia, cuando quizá usted saldría ganancioso si el plan se pusiera por obra?

— Hay una familia que debe un gran servicio á usted, y á quien yo debo también muchos favores. Esa familia consultó con la señora Ruiz Esparza, acerca de la manera

(1) Los diálogos son auténticos.

con que debería dar cuenta de todo á usted, y la señora doña Anarda dispuso que fuera yo quien viniese á avisarle lo que se trama. Ahora, dijo levantándose, reclamo el cumplimiento de la promesa que usted me hizo.

Salimos juntos, y al llegar á la cruz del atrio de la Catedral, nos detuvimos. El cura me suplicaba que me retirara; pero considerando que podría correr peligro, lo acompañé otro rato por Tacuba y Santa Clara. Ya cerca del convento nos paramos; yo me volví á Palacio, y el rebelde ganó el lugar donde se ocultaba á las miradas de la policía.

Y no es el único caso en que Anarda me ha ayudado. Días pasados me reveló la conspiración de San Francisco, dándome noticias indudables, yendo de noche al palacio de Tacubaya... Usted habrá visto el tremendo papel que acaba de aparecer: de ladrón, desuella-caras y perro judío no me bajan medio dedo. Pues por Anarda sé que quien lo escribió, fué el famoso don Manuel Díez de Bonilla... ¿Que cómo lo averiguó nuestra amiga? Muy sencillamente... En días pasados oyó que hablaban su cochero y una vieja sobre algo que interesó á la señora: llamó á su criado y le preguntó quién era aquella mujer y qué le había contado. Ramón, así se llama el conductor del *bombé*, dijo que la mujer era su hermana, que servía en casa del Licenciado Aguilar y que un señor que visitaba de ocultis la casa, todas las noches, había leído un papel

que había sido celebradísimo y coreado con risas y chacotas. Anarda supuso que se trataba de Bonilla y así me lo comunicó; hoy lo he confirmado plenamente, y aquí tiene usted el pasquín: es la sarta más grande de injurias que puede dirigirse á un hombre...

— Supongo que ya estará en la cárcel don Manuel, dije después de leer el libelo.

— No, prefiero no violar su asilo, que es la casa de un amigo mío muy querido. Y mire usted que Anarda siente interés por usted.

— ¿Por mí, señor?, dije incrédulo.

— Por usted, sí. La semana pasada, estando en San Angel, oyó contar á una señorita que había tramada una conjura con el fin de secuestrarme. El plan consistía en atacar mi coche á la hora que yo llego al palacio; pero para eso era menester asegurar primero á mis ayudantes matándolos con toda crueldad... No durmió Anarda, y al día siguiente, muy temprano, se plantó en mi casa para contarme todo. «Claro, me refirió con ingenuidad, que celebraré mucho no logren aplicar á usted el sistema acabito de estrenar que ha traído ese español llamado Cobos; pero más me importa que al intentar *plagiar* á usted, no escabechen á Juanito Pérez, que quizá le acompañe el día crítico.» Hechas las investigaciones, se logró descubrir que cuanto habían dicho á la señora era la pura verdad, y que la conspiración estaba ramificada y madu-

rada con suma habilidad... Y he aquí cómo ha sido usted la causa de que todo se conozca á tiempo.

Rato hacía que la palabra sencilla de aquel hombre, su confianza y su bondad me habían impresionado; pero cuando oí la última aventura comprendí que ni yo tenía razón para celos, ni Comonfort podía dárme los, y que las entrevistas de Anarda con el Presidente, su conducta misteriosa conmigo y todo lo acontecido, tenían explicación naturalísima.

Sentí deseos de confesar todo á don Ignacio, de contarle mis veleidades, mis propósitos de unirme á sus enemigos; pero él no me dejó tiempo para nada.

— Vámonos, me dijo, que ya es tarde; y tápese bien que está *aleando la grulla*.

